

17
Caja 102. 502280

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. EDUARDO BENOT

EL DÍA 14 DE ABRIL DE 1889



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

CALLE DE FERRAZ, NÚM. 13

1889

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. EDUARDO BENOT

EL DÍA 14 DE ABRIL DE 1889



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNÁNDO Y C.^o

CALLE DE FERRAZ, NÚM. 13

1889

DISCURSO

DE

D. EDUARDO BENOT

Nunca, SEÑORES ACADÉMICOS, aspiré á la gloria de sentarme entre vosotros, por estar plenamente convencido de que no tengo los conocimientos necesarios para tomar parte en vuestras tareas. Y tan profundo es este convencimiento mío, que la noticia de mi elección me puso en la perplejidad más dolorosa.

Por una parte, si alguien está persuadido de que no sirve para un cargo, ¿es de estricta moralidad el aceptarlo? Y, por otra, ¿es justo que quien vive reconocidísimo á toda distinción que le dispensan, pague con negra ingratitud, no haciendo cuanto sus fuerzas alcancen para corresponder á la honra de su elección?

SEÑORES ACADÉMICOS, mi gratitud á vuestras bondades, que será eterna, y la cariñosa amistad que desde hace más de treinta y cinco años profeso á algunos de vosotros, vencen mis vacilaciones, pero sin convencerme de que mis fuerzas puedan ser bastantes para ayudaros cual corresponde en vuestros trabajos interesantísimos.

Y por si acaso un momento de infatuación pudiera haberme engañado respecto á mis facultades, se ha encargado la experiencia repetidamente de apagar toda ilusión del amor propio. Dais tanta solemnidad á la recepción de un académico, que, fijándose los ojos del país en este sitio, es muy natural que el electo desee ser, si no sol, siquiera luz perceptible á las miradas de tantos. Es preciso, pues, presentar un discurso digno de la atención que hacia él se dirige; y yo he llegado á convencerme de que no he nacido para tanto. Y no ha sido por falta de voluntad. Censurada severamente mi tardanza por uno de vosotros, á quien profesó admiración y cariño, puse manos á la obra; y, de entonces acá, todos mis últimos escritos han sido empezados con intención de discursos académicos, pero ninguno resultaba tal. Y sólo por tratarse de una cuestión importante y de la mayor generalidad posible, es por lo que entre-saco de lo trabajado estos últimos meses lo que voy á leer, sugerido por mis observaciones en la enseñanza de las lenguas.

Es práctica piadosa en estas recepciones consagrar un recuerdo luctuoso al académico cuyo sillón ha de ocupar el electo; y seguramente vosotros quisisteis reemplazar al Sr. D. Cándido Nocedal con un hombre de opiniones distintas de las suyas, para demostrar, por una parte, que en el seno de esta Corporación reina la más plausible tolerancia, y, por otra y principalmente, para que el elogio del distinguidísimo Académico resultase más solemne procediendo de la sinceridad de mis labios.

D. CÁNDIDO NOCEDAL ocupó su sillón durante más de veintiún años con aplauso constante de los entendidos y doctos en las arcanidades de la lengua.

Unánime en el elogio, la prensa periódica de todos los partidos ensalzó en sus artículos necrológicos al correcto

escritor, al prosista elegante, al hablista pulcro y atildado, al polemista impetuoso, al orador fluido, al ingenio creciente en el debate, de aticismos impensados, de epigramática agudeza, de formidable empuje al atacar, de recursos briosos en toda retirada. El foro perdió una de sus lumbreras, la elocuencia uno de sus campeones, el periodismo uno de sus atletas más tenaces, la ACADEMIA ESPAÑOLA uno de los más eximios intérpretes de los misterios de la lengua.

Pero lo que á mí más me llenaba de admiración era su entereza. Yo creo que no se necesita más que tener ojos para ver que nunca el mundo ha estado envuelto en una atmósfera de adelantos y de dignidad semejante á la de ahora; y por eso me causan admiración los acerados caracteres que, enemigos de las convulsiones inherentes á todo cambio radical, llenos de veneración por lo antiguo, respetuosos por demás hacia lo que ha sido y ya no es, y amantes entusiastas de cuanto bueno conserva la tradición, se ponen incondicionalmente al servicio de las formas de lo pasado, forjándose la ilusión de no ser hombres de estos tiempos, sin embargo de brillar con la luz eléctrica de sus facultades en la prensa y la tribuna.

Habiendo hablado ya de mí, aunque contra toda mi voluntad, y de mi ilustre antecesor muy á satisfacción mía, he cumplido las exigencias del uso en estos actos solemnisimos, y entro en materia, confiado únicamente en que no ha de abandonarme vuestra benevolente tolerancia.

¿QUÉ ES HABLAR?

Casi todas las gramáticas empiezan con las estereotipadas pregunta y respuesta:

¿Qué es gramática?—El arte de hablar y de escribir correctamente y con propiedad.

Pero ninguna se pára á definir, ni aun lo intenta, qué cosa sea el HABLAR.

¿Qué razón puede haber para dar por conocida la respuesta de la esfinge?

Se comprende hasta cierto punto que esa definición se ostente á la cabeza de las gramáticas destinadas á enseñar una lengua á los indígenas; porque éstos, por práctica inducta, ya casi la saben desde los primeros años de la infancia; y, naturalmente, sólo necesitan adquirir la corrección y propiedad de que carecen; pero, si se trata de aprender lenguas extranjeras, ya la situación varía por completo.

¿Quién no ve que es imposible ejecutar CORRECTAMENTE Y CON PROPIEDAD un sistema cuyas bases se ignoran en su esencia?

¿Cuán apurados se encontrarían esos gramáticos si algún irreverente les preguntara: ¿QUÉ ES HABLAR?

Así es que muchas gramáticas son un artificio sin razón de ser, una quimera imposible, un plantel de pedantería, un martirio para la infancia, y, lo peor de todo, una inutilidad completa.

En general, ¿no son contados los que escriben bien? Y ¿quién, cuando escribe, se acuerda de los intrincados análisis y enmarañadas ideas con que lo atormentaron en las aulas? ¿No suelen cometer vergonzosas faltas gramaticales muchos encargados de enseñar CORRECTAMENTE las reglas del hablar? Y ¿qué reglas son esas que no impiden el error? ¿Cuándo se equivoca un geómetra aplicando las reglas de la geometría? ¿Cuándo un arquitecto, cuándo un ingeniero, aplicando las del arte de construir? Las gramáticas, tanto nacionales como extranjeras, dan por supuesto el HABLAR; y, como el sistema se ignora, las reglas para utilizarlo *correctamente y con propiedad*, MUY ESTIMABLES CIERTAMENTE EN MUCHOS CASOS, suelen no encontrar aplicación en la práctica de los escritores adocenados.

La gramática es así un edificio sin base ni cimiento.

Pocas ideas constituyen generalmente la esencia de las cosas. Si un sistema se presenta muy complicado, ó no es cierto ó va fuera de camino.

Hoy la enseñanza padece una grave enfermedad: la enfermedad de las minuciosidades, tanto más peligrosa, cuanto mayor es el número de primores que el exceso de la división encuentra. El análisis es severamente censurable cuando llega hasta el abuso de la división. Figuraos un loco que dijese:

“¿Sabéis cuál es la manera de analizar un reloj?—Examinar cada una de sus partes.—¿Si? Pues triturémoslo en un mortero resistente bajo una mano poderosa para llegar

á inspeccionarlo hasta en sus más recónditas moléculas.,
¡Locura! Para ver una rueda, un péndulo, ó un resorte, es preciso conservarlos en toda su integridad.

Dada siempre por supuesta la importantísima noción de nuestro sistema de exteriorizar el mundo interior, los gramáticos entran de seguida en pormenores y minucias acerca de las palabras, de sus formas y sus accidentes.

Pero la complejidad de los pormenores á veces es tan enorme que, para abarcarla por completo, se hace necesaria una gran dosis de atención, de que pocos son capaces. Añádase á esto que, IGNORÁNDOSE LOS FINES DEL HABLAR, falta el hilo conductor que guíe por el obscuro laberinto de las minuciosidades.

Esta falta de método hace con frecuencia odioso el estudio más interesante entre todos; el del preciosísimo sistema por medio del cual nos comunicamos con nuestros semejantes y sin el cual la sociedad es imposible.

Sin sonidos no hay música; pero en el estrépito desgarrador producido por las manotadas de un párvulo sobre las teclas de un piano no hay música tampoco. La música está en el ORDEN de sucesión de los sonidos de la escala.

Análogamente, sin materiales no hay casas: con materiales no hay casas: lo primero es de evidencia; no es posible un edificio sin cales, ladrillos, sillería, vigas, clavazón, etc.

Y lo segundo resulta también evidente, en cuanto se reflexiona que, en primer lugar, esos mismos sillares, ladrillos, cales, vigas, clavos, etc., arrojados al azar, ó amontonados confusamente después de un terremoto, no constituyen ya edificio; y, en segundo lugar, que, según la CONSTRUCCIÓN que se dé á esos materiales, así serán casa como templo ó puente....

La CONSTRUCCIÓN, esa cosa invisible, ese conjunto de relaciones sujetas á leyes invariables, la forma, la proporción, ESO ES LA CASA, y no los materiales inertes y groseros que esperan la vida; que nada constituyen sin la vida que arde en la mente del arquitecto, para convertirlos en albergue seguro contra la inclemencia de las intemperies, ó lugar de recogimiento y estudio, ó útil medio de comunicaciones, ó monumento grandioso de las Bellas Artes.

Apliquese este simil al lenguaje, y se verá que son igualmente ciertas estas dos proposiciones:

sín palabras no se habla; * *
con palabras no se habla.

Mancha, cuyo, en, un, la, lugar, nombre, no, de, hidalgo, un, acordar, quiero, me, de, vivía, etc., son palabras, son sonidos....., no son nada: son materiales muertos, arrojados al azar sobre una playa desierta, que aguardan la voz del arquitecto que los llame á la vida. Este arquitecto es la construcción, que organiza la frase, la oración, la cláusula, el periodo.....

Pero diga un GRAN CONSTRUCTOR: «¡Muertos materiales, recibid el soplo de una vida inmortal: organizaos!»; y en el acto aparecerá la obra del GENIO: EN UN LUGAR DE LA MANCHA, DE CUYO NOMBRE NO QUIERO ACORDARME, NO HA MUCHO TIEMPO QUE VIVÍA UN HIDALGO DE LOS DE LANZA EN ASTILLERO, ADARGA ANTIGUA, ROCÍN FLACO Y GALGO CORREDOR.....

Ahora se comprenderá por qué no enseñan las infelices gramáticas que tienen por exclusivo objeto las palabras: ahora se hará patente por qué, como zizaña en tierra de pan sembrar, esquilman las más tenaces memorias, y como aire corrupto por los miembros descuartizados de

un cadáver, matan la más vigorosa inteligencia esas listas de irregularidades, arregladas por orden alfabético y encomendadas á la memoria; esos mecanismos incompletos, aislados é intransigentes que se llaman teorías de declinaciones y conjugaciones; y ahora, en fin, se verá claro por qué un hombre, formado y aguerrido en los estudios, suele no conseguir con muchas horas de trabajo lo que logra un niño cuando no sabe que hay gramáticas ni gramáticos, y por qué ni aun obtiene siquiera lo que es dable á cualquier iliterato habituado á expresar sus sentimientos.

Robustezcamos estas ideas.

Cuando el hombre habla, habla de un objeto *especial*, ó de un sentimiento *determinado*, ó de una pasión, de un acto *individuales*; de esos y no de otros. Pues bien: en ninguna lengua del mundo esos objetos, esos sentimientos, esos actos tienen nombre: ningún diccionario de ningún idioma encierra una palabra para cada uno de los seres que pueblan el universo; y cuando tenemos que hablar de ellos, nos es forzoso bautizarlos, darles un nombre que les sea propio y peculiar para que no se confundan unos con otros.

Esto es claro; tan claro como la luz meridiana: las lenguas más ricas tienen 40 000 voces usuales, y solamente los objetos materiales existentes en el mundo exterior son innumerables. ¿Cómo iba á haber un vocablo para cada cosa? ¿Y dónde habría palabras para expresar el infinito de los cambios y de las mudanzas que en las cosas acaecen? ¿Y dónde para ese otro infinito de las modificaciones de nuestro mundo interior?

El hombre, con sus limitadas facultades, no podría hablar si para CADA objeto y para CADA UNA de sus mudanzas hubiese querido tener una palabra especial.

Y todavía el portento es más sorprendente y se hace más digno de explicación, atendiendo á que las 40 000 pa-

labras de una lengua son propiedad del Diccionario solamente, pero no de ningún poeta ni del orador más abundante.

El niño habla con muy pocos vocablos: su vocabulario oscila entre 300 y 400 términos muy usuales. Lenguas hay en que no existen tantas raíces. El libreto de una ópera italiana no pasa regularmente de 650 voces. Del gran poeta Racine se ha dicho que le bastaron 1 200 vocablos para escribir todas sus tragedias (lo que parece cuestionable). Contados con celo religioso los vocablos de la Biblia correspondientes al Antiguo Testamento, se ha visto que son 5 642. Un periodista elegante apenas hace uso de más, y un hombre de buena sociedad no emplea nunca tantas ni con mucho en su conversación. El orador más copioso suele no llegar á 7 000; y por exceder este número en algunos millares, se citan como portentos de facundia y de riqueza entre todos los escritores á CERVANTES, á LUTERO y á SHAKESPEARE,—especialmente á éste último, cuyo vocabulario se acerca á 15 000.

¿Cómo, pues, hablamos?

Inventar un nombre para cada OBJETO, para cada ESTADO y para cada ACTO habría sido sencillamente una perfecta imposibilidad; y, por tanto, la inteligencia humana hubo de acudir á otro recurso.

¿No habría sido imposible expresar todos los grados de la escala de la pluralidad asignando una figura, una cifra, un rasgo, un trazo, un signo á cada grado? Los números son infinitos; y la mente humana jamás habría poseído la ARITMÉTICA á haber pretendido expresar cada número por un rasgueado diferente. ¡Cuánto no cuesta á los niños el conocer y distinguir las solas nueve cifras y el cero del sistema decimal de nuestra numeración común! Y ¿qué inteligencia habría sido capaz de diferenciar mil trazos dife-

rentes, dos mil, diez mil, un millón? ¡Y millones de millones sin término ni fin!

¡Imposible! Y ¡sin embargo, con las solas diez cifras del sistema de numeración nos es dado designar todos los órdenes que en la pluralidad puede ocupar un objeto!

Y ¿cómo con tan pocas cifras nos es posible escribir todos los números? ¿Quién realiza este portentoso?

UN SISTEMA.

Cada una de esas cifras tiene, además de su valor absoluto, otro valor de posición. ¡Qué sencillez! ¡Un valor absoluto y otro de posición!

Imposible también el hablar si cada palabra hubiera de ser el signo de un OBJETO diferente ó de un ESTADO especial ó de un determinado ACTO.

El número de los objetos es infinito: no hay un sér siquiera que sea igual á otro; de modo que CADA hombre debía tener su nombre, CADA buey, CADA caballo, CADA oveja, CADA árbol, CADA hoja, CADA flor, CADA simiente..... Era, pues, preciso á la inteligencia humana, por este solo concepto, disponer de un número INFINITO de vocablos. Pero hay más: todo sér varía con el tiempo: CADA botón se hace flor; CADA niño se hace hombre; CADA hombre se hace viejo.....; por manera que para cada CAMBIO en los seres debía disponer el hombre de otro número INFINITO de vocablos. Y todavía queda inmensamente más, con ser ya tanto. Los seres ejecutan ACTOS en número inasignable: influyen unos sobre otros y se modifican continua y recíprocamente. ¿Cómo, pues, hablar de esos actos, de esas influencias y de esas modificaciones inventando un vocablo para CADA uno? También para esto solo se necesitaba otro INFINITO.

Únicamente un SISTEMA de pocos signos podía suplir al infinito de palabras necesario, en otro caso, para hablar del

infinito de los objetos y del infinito de sus estados, actos, influjos y modificaciones.

Ahora bien: ¿Cómo son esos signos? ¿Cuál es ese sistema?

Las palabras son términos GENERALES que no pueden mirarse como el nombre propio de ningún objeto en particular.

Supongamos que por primera vez veo una figura plana terminada por tres rectas iguales, y que la llamo TRIÁNGULO. Esta voz será en mi hipótesis un nombre propio, puesto que es el nombre de aquella figura y no de otra. Luego veo una nueva figura, pero terminada por tres rectas desiguales, y advirtiéndome la semejanza,—ó, MÁS BIEN, NO DÁNDOME CUENTA DE LAS DESEMEJANZAS,—la llamo también TRIÁNGULO, en virtud de una ley que obliga á la inteligencia, por causa de su pequeñez y limitación, á dar el mismo nombre á lo que advierte semejante, porque no analiza bien las diferencias. Hoy mismo, en nuestro eminente estado de civilización, mientras los hombres de mar, conocedores de las diferencias, necesitan de numerosos nombres para hablar de jabeques, misticos, faluchos, balandras, etc., los hombres de mundo se contentan simplemente con denominar BARCOS á buques de las más distintas propiedades y condiciones.

Pero volvamos al TRIÁNGULO.

Más adelante, perfeccionadas ya mucho mis facultades de observación, veo otra tercer figura de tres lados rectilíneos, y en virtud de la misma ley, la llamo igualmente TRIÁNGULO, aunque advierto que de los tres lados sólo dos son iguales. Después veo otra figura terminada por tres arcos, y la gravitación de mi inteligencia á dar el mismo nombre á lo semejante, ó á lo que me lo parece, me hace llamarle TRIÁNGULO. Veo, en fin, una superficie no plana,

esférica, por ejemplo, terminada por tres líneas, y le aplico el mismo nombre de TRIÁNGULO.

¿Qué es lo que ha ido sucediendo?

Al principio compusieron el concepto de TRIÁNGULO las ideas siguientes:

Superficie + plano + limitación + tres + líneas + rectas + iguales.

Luego eliminamos la idea de iguales, y TRIÁNGULO sólo comprendía las ideas de

Superficie + plano + limitación + tres + líneas + rectas.

Luego prescindimos de la idea de rectas y de plano, y TRIÁNGULO vino á contener sólo las ideas siguientes:

Superficie + limitación + tres.

Ahora bien: ¿no es tan evidente como un axioma que la palabra TRIÁNGULO, mutilada así en su comprensión, y tal como ha llegado hasta nosotros, no puede ser ya el nombre propio de la primera figura que vimos? ¿No es también evidente que para que esa palabra vuelva á significar el PRIMER TRIÁNGULO, Y NO OTRO NINGUNO, necesitamos restituirle las ideas de que hemos ido gradualmente prescindiendo al mutilar el significado de la voz para formar el concepto general? ¿No es cierto que, para designar el mismo PRIMER TRIÁNGULO, nos será preciso decir *triángulo plano de rectas iguales*?

Y habiendo muchos triángulos planos equiláteros, ¿no será también indispensable agregar sus dimensiones, la orientación de los vértices, el sitio en que lo vimos, los colores que entonces tenía y todos sus demás caracteres y distintivos individuales?

Siendo hoy CUARENTENA *cualquier* espacio de tiempo que dure en un lazareto la incomunicación de las personas procedentes de puntos epidemiados; esto es, habiendo perdido el vocablo su evidente etimología (pues que á cada paso se lee en documentos oficiales *cuarentena de siete días, de*

diez, de quince...), ¿no es evidente que será preciso restituir al vocablo su pérdida acepción etimológica y decir *cuarentena de cuarenta días* cuando sea de cuarenta giros terrestres el tiempo de la observación sanitaria? (1).

¿Qué es, pues, HABLAR?

HABLAR es sacar á las palabras de su generalidad LIMITANDO CON OTRAS palabras su extensión y generalidad. Así, dos líneas, al cortarse, determinan un punto en la inmensidad del espacio.

(1) Estas observaciones hacen ver la inconsistencia de la famosa definición: «sustantivo es el nombre de una persona ó cosa que podemos percibir por nuestros sentidos, ó concebir como una existencia independiente: *mensa, liber, domus, Julius, populus, virtus, justitia, amicitia.*»

Esta definición, además de incompleta, es incorrecta en grado sumo. *Mesa, libro, casa...*, son conceptos abstractos de nuestro entendimiento; y, por tanto, no al alcance de nuestros sentidos. El concepto de MESA, es, pues, invisible, intangible..., en una palabra, imperceptible. Lo que yo puedo ver es UNA MESA INDIVIDUAL; ÉSTA, por ejemplo, en que estoy escribiendo, la cual tiene propias y especialísimas dimensiones; color individualísimo y exclusivamente suyo; es de una madera determinada; presenta característicos deterioros en sitios singulares, y posee excepcionales marcas enteramente suyas, etc., etc. Pero en la idea general de MESA no existe ninguna de estas particularidades; porque no hay idea abstracta que no se haya formado PRESCINDIENDO de todo lo característico y especial, individual y propio, definido y determinante ó excepcional de cada objeto.

En la idea de MESA no entra, por tanto, la de TAL color, ni la de TAL tamaño, ni la de TAL materia....; y, por consiguiente, la voz *mesa*, APLICABLE Á TODOS los muebles de su clase, no es el nombre de ninguna cosa que podamos ver, ni tocar, ni, en una palabra, percibir por medio de nuestros sentidos.

Por tener multitud de seres las mismas propiedades, les es adecuadamente aplicable el mismo nombre; y, así, á los innumerables seres de la raza equina, por estar dotados de las mismas propiedades, se les aplica Á TODOS el nombre de caballo, etc.

Pero la recíproca no es cierta: no porque á muchos seres se les aplique el mismo nombre, debe deducirse siempre que tengan propiedades especialísimas comunes. Tal ocurre con los nombres patronímicos y los de bautismo: que hay muchos Pérez y muchos Antonios..., cuyas cualidades no pueden estimarse en modo alguno como determinantemente genéricas de una especial agrupación.

¡Qué sencillez! LA PALABRA, limitada, circunscrita, determinada por la PALABRA, se particulariza, se singulariza, y hasta se individualiza de tal modo, que puede ya ser el representante de CADA UNO de los seres que pueblan el universo, de sus estados, actos y modificaciones características, especiales ó personales.

¡Qué sencillez! ¡Lo general limitado por lo general!

La palabra CABALLO es aplicable á todos los caballos del universo; pero CABALLO INGLÉS ya excluye á todos los caballos no nacidos en Inglaterra ó procedentes de allí: CABALLO NEGRO INGLÉS DE PURA RAZA sólo puede decirse de ciertos animales; ESE CABALLO NEGRO INGLÉS es ya el nombre propio de un solo individuo de la raza equina.

LIBRO sale de su inmensa generalidad si digo por ejemplo:

MI libro,
 TU libro,
 AQUEL libro,
 EL libro ALEMÁN DE FORRO AZUL,
 LOS TRES libros QUE ME REGALÓ TU PRIMO JUAN EL DÍA
 DE SU SANTO, etc.

Lo INDIVIDUAL, pues, carece de nombre en los diccionarios. En el diccionario están los elementos generales. El NOMBRE PROPIO de cualquier objeto es un COMPUESTO, construido siempre por la persona que habla.

ESTE papel,
 ESTA pluma,
 MI tintero de cristal,
 MI lápiz rojo y azul,
 SU sombrero.....

eran objetos singulares sin nombre; eran individualidades concretas sin signo, hasta que yo los bauticé con esas reuniones de vocablos. En el diccionario se encuentra, de cierto, la palabra *SU*, y también la palabra *SOMBRERO*; pero el conjunto *SU SOMBRERO* es una construcción mía y de mi exclusiva formación.

Y obsérvese que esto es universal.

Aun los vocablos que parecen más característicamente individuales están dentro de la regla:

El *MADRID* de Felipe IV no es el *MADRID* de Carlos III, ni mucho menos el actual *MADRID*.

El *Océano* de la época carbonífera no es el *Océano* de la época cuaternaria.

Las dos *LUNAS* de Marte son inmensamente más pequeñas que las cuatro *LUNAS* de Júpiter.

Amplíemos más aún. El número de *meridianos* es infinito; puesto que *meridiano* es todo círculo que pasa por los polos y por cualquiera de los infinitos puntos de la tierra. Pero ya el *MERIDIANO DE MADRID* es un círculo especialísimo, único entre la infinidad de los meridianos posibles. Y sin embargo, como en ese meridiano existe multitud innumerable de valles, montes, arroyos, fuentes, casas, árboles, hombres y animales, no sería chica empresa la de encontrar, por ejemplo, un inmenso tesoro de perlas y diamantes enterrado por algún moro misterioso en los últimos días de la reconquista, si sólo nos dijeran que tanta riqueza estaba enterrada en un punto desconocido, pero situado en el meridiano de Madrid. Para dar con tal tesoro sería preciso, en todo rigor, abrir nada menos que una zanja de polo á polo de la tierra, los mares inclusive.

Infinito es también el número de *paralelos*; porque *pa-*

ralelo es todo círculo que pasa por cualquiera de los puntos de la tierra paralelamente al Ecuador. Pero ya PARALELO DE CUARENTA GRADOS es un círculo especial que se distingue de la infinidad de paralelos. Y no obstante, tampoco sería floja tarea la de encontrar el tesoro, si sólo supiéramos que estaba enterrado en un punto desconocido situado á los cuarenta grados de latitud. También, en rigor, para dar con él, habría que rodear toda la tierra con otra zanja.

Pero digasenos que el tesoro yace enterrado en EL MERIDIANO DE MADRID Á LOS CUARENTA GRADOS DE LATITUD NORTE; y perlas y diamantes estarán inmediatamente en nuestro poder; porque sólo á un punto del globo corresponden tales señas. Y he aquí cómo dos GENERALIDADES han dado por su concurrencia una sola y perfecta INDIVIDUALIDAD.

Análogamente: parece que no puede haber vocablo más individual que la palabra yo. Y sin embargo, nótese que yo es un término que pueden usar sin excepción todos los hombres; y por consiguiente, que sólo cuando la palabra yo es el representante de MI sola y exclusiva personalidad, es cuando empieza á perder el vocablo de su vaga é inasignable extensión, sin perderla todavía enteramente; porque ese yo es como una línea errática que pasa por todos los puntos de mi vida. Yo fui niño; yo he sido joven; luego adulto; yo me veo viejo ya, y persistiendo en vivir, yo llegaría hasta la más inútil decrepitud. El vocablo yo es, pues, en su vaga extensión y generalidad, lo análogo de cualquiera de los meridianos infinitos de la tierra; pero, representando únicamente mi personalidad, viene á resultar algo menos vago, como lo antes dicho del meridiano de Madrid.

Un infinito de acontecimientos ocurrieron el día 26 de Noviembre de 1822; fecha general, análoga ahora á lo an-

tes expuesto acerca del paralelo de cuarenta grados; pero la expresión YO NACÍ EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1822, es una intersección de generalidades que determina un suceso único en mi vida.

Repitámoslo: ¡Qué sencillez! ¡Lo GENERAL limitado por LO GENERAL!

Cuéntase que el famoso prestidigitador HOUDIN hacía sus más primorosas suertes delante de unas princesas alemanas. Una de ellas, maravillada con uno de los juegos, hizo llamar aparte al prestidigitador y le dijo:

—¿Consentiría V. en la muerte de una princesa de Alemania si pudiese conservarle la vida?

—¡Oh! Nunca.

—Pues sálveme; porque le aviso que me voy á morir ahora mismo de curiosidad, si no me explica V. en qué consiste esa misteriosa suerte que acaba de hacer.

—Pues esto es así.

—Mágico prodigioso, y ¿sólo es eso?

—Esto es todo. Pero aquí no hay magia ni prodigio. No hay más que observación.

El estudio de la arquitectura de las lenguas es, pues, la sencillez misma: es fácil, agradable y eminentemente especulativo. El de los detalles, minucias y excepciones, difícilísimo: muy necesario, pero muy enojoso. Puede uno ser un gran arquitecto, sin ser un gran albañil, carpintero, herrero ó vidriero.

Cuando el gran FÁRADAY completaba alguno de sus portentosos descubrimientos en electricidad, no se detenía en hacer los cálculos correspondientes (ni acaso habría convenido que él mismo los hubiera hecho, por no estar muy versado en matemáticas): aquel genio de la fi-

sica moderna se limitaba, pues, á reunir los datos; y, reunidos, decía con gracejo singular:

Now hand it over to the calculators,
Ahora pase esto á la gente de los números.

Como en todo lo práctico, ninguna complicación existe en el portento del HABLAR.

Pocos elementos constituyen la idea de CASA. Si el hombre ha de ponerse á cubierto de las intemperies necesita techo que lo resguarde: este techo ha de estar sostenido por pilares ó paredes, y á mayor elevación que la estatura humana, para que los habitantes puedan moverse fácilmente por debajo, en pie y sin agobiarse: han de entrar en la casa aire y luz, y, al efecto, se necesitan ventanas y balcones: los habitantes tendrán que entrar y salir, luego habrá que disponer puertas, escaleras, etc., etc. Estos pocos elementos son lo verdaderamente ESENCIAL; y siempre resultarán ACCIDENTES de tan sencillas nociones el que los techos sean horizontales y de ladrillos planos, como los de las azoteas de los países meridionales en que no nieva; ó de forma piramidal y de tejas ó pizarras, como en los países fríos donde la nieve puede acumularse sobre los edificios en masas de gran peso; y es accidental también el que las paredes y pilares sean de ladrillo ó de madera, ó de piedra, ó de hierro; en una palabra, es accidental y acomodaticio á las circunstancias cuanto hace que una casa determinada sea un edificio individual.

Y esto pasa en todo: una idea sencillísima suele ser su base: un portento de pormenores su individualidad.

¿Qué es una LOCOMOTORA? Un aparato muy pesado, para que por su extraordinaria gravedad muerdan las ruedas en los carriles férreos: de mucha superficie tubular expuesta al caldeo para que la vaporización sea considerable: el va-

por, después de mover los émbolos, ha de salir por la chimenea en chorros vigorosos para que haya un tiro enérgico en el hogar; y, por último, ha de existir un mecanismo adecuado que dé á las ruedas movimiento circular continuo.

Cuatro ideas únicamente son el fundamento de la locomotora; pero ¡qué inmensidad de pormenores!

Lo mismo es el sistema del lenguaje:

¡LO GENERAL DETERMINADO POR LO GENERAL!

Pero ¡cuánto hay que saber para penetrar en lo íntimo de cada singularidad elocutiva!

El conocimiento de la vida de las palabras exige, pues, estudio continuo y laborioso, pacientísima erudición y facultades que muy pocos poseen y de que yo carezco. Por eso, en todas partes, cuantos consagran su vida á esta difícilísima clase de investigaciones se hacen dignos del aprecio universal. Y por eso, SEÑORES ACADÉMICOS, independientemente de cualquier otro género de afectos y de consideraciones, yo os tengo á TODOS en la mayor estimación, y me causa pena profunda no poder ofreceros para el éxito de vuestros trabajos más que la cooperación modesta de mi buena voluntad.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER

SEÑORES ACADÉMICOS:

Acabáis de oír el discurso que el Sr. D. Eduardo Benot ha presentado para tomar posesión del puesto á que le elevasteis. Basta oír su lectura para que se comprenda, por vuestra parte, la justicia con que le elegisteis; por la suya, la indispensable autoridad con que se presenta.

Después de larga y laboriosa vida consagrada al estudio y á la divulgación de los progresos humanos, amparado por su brillante historia literaria, el Sr. Benot viene á recoger la medalla, con que honraron su pecho, y á ocupar el sillón, en que sucesivamente fueron sentándose, Pedro Escotti de Agoiz, Miguel Gutiérrez de Valdivia, Juan de Iriarte, Pedro de Silva, Francisco Antonio González, José de la Revilla, y últimamente Cándido Nocedal, á cuya buena memoria, haciéndose intérprete de los sentimientos de la Academia, rinde el Sr. Benot el tributo debido en cumplimiento de la loable y piadosa costumbre que la Academia ha querido siempre conservar. Así sucede que estas grandes solemnidades académicas tienen doble objeto y

alcanzan doble mérito. Así sucede que la gloria del recién llegado se une al recuerdo del que se ausentó para siempre, y el primer acto del nuevo académico es el de tributar un homenaje á su antecesor, prolongando de este modo el eco de sus glorias, de sus méritos y de sus virtudes.

Bien venido sea el nuevo académico. Inteligente, pensador y laborioso, como demuestran sus obras; varón de rectitud, de conciencia y de consejo, como patentizan los hechos todos de su vida; tan ardiente en la propaganda de sus ideales, como incansable en la gestión y ejercicio del trabajo, el Sr. Benot está destinado á prestar muy especiales y también muy señalados servicios desde el alto puesto que hoy viene á ocupar, contribuyendo á las doctas y útiles tareas de esta corporación ilustre.

Es de ello garantía su pasado.

Discípulo en literatura del célebre D. Alberto Lista, egregio maestro que fué de tantos como llegaron luego á ser á su vez maestros, Eduardo Benot comenzó su carrera literaria por medio de la prensa periódica. Era lo corriente en sus mocedades. Así la comenzaron muchos; así, quizá, la comenzamos todos.

Los semanarios de literatura y los folletines de los periódicos políticos eran entonces el palenque donde se ejercitaba en sus primeras armas una juventud ganosa de gloria, y que, movida por secreto é irresistible impulso, se lanzaba impaciente tras de grandes ideales que, por lo menos, tenían la virtud de elevar el alma. Y como la ambición del espíritu es tan activa y tan devoradora como la del corazón, aquellas jóvenes inteligencias, en alas de su fantasía, al sol espléndido de la revolución literaria que se hallaba en su plenitud, con todas las fiebres y todos los entusiasmos de la época, cruzaban los espacios, abarcaban la inmensidad, sondeaban el infinito.

Delirios serán ahora estos recuerdos para muchos, y sin embargo, en el fondo de estos delirios había algo elevado,

algo noble, algo que respondía á la bendita misión del ingenio y al enaltecimiento del alma.

Pudo haber exageración en una escuela hoy tan combatida y tan desdenada, no lo niego; pero será siempre preciso convenir en que la exageración es la idealidad de un sentimiento, y el sentimiento, en el concepto en que aquí debe comprenderse, es un acto noble del alma. Con todos sus defectos y con todos sus errores, aquella época abrió vastos horizontes y trazó luminosas vías al ingenio.

De allí proceden, en literatura, aquellos cuyos nombres ha escrito la posteridad en mármoles y en bronce, y aquellos también que, vivos aún para gloria de la patria, deben á la Providencia el privilegio de asistir á su posteridad, que se adelanta á brindarles con el laurel del Petrarca en los suntuosos salones de la oriental Alhambra.

De allí proceden, en ciencias, los que en las Cátedras han formado y dirigido á nuestra juventud, y de allí también, en política, los eximios oradores y hombres de Estado, que desde los bancos rojos del Parlamento han ido á ocupar los altos puestos del país.

No pude menos, Señores Académicos, de entregarme á estas reflexiones al recordar los primeros pasos de Benot en su vida literaria. También él, también, perteneció á la hueste de aquella noble juventud, y aun hoy se cuenta en el número de los que se avienen perfectamente con el idealismo y el espiritualismo de los que en otras edades se llamaban Calderón de la Barca, Lope de Vega ó Fray Luis de León, y en la nuestra se han llamado Larra, Espronceda, Duque de Rivas, Quintana, García Gutiérrez ó Ayala.

Benot pertenece, pues, al número de los que son ya demasiado viejos para cambiar de estudios y carrera, y demasiado jóvenes aún para destruir lo que han adorado, para maldecir lo que han bendecido y para renegar de unos tiempos en que antes que blasfemar de Dios, se prefería ensalzarle, y antes que extasiarse con las inmundicias del

lodo, se prefería cantar las esplendorosas bellezas del cielo.

Aun hoy existen algunos de aquella época, que, viejos y todo, continuán siendo los amantes y los enamorados de la Belleza, y para quienes la belleza plástica y visible es sólo el punto de apoyo y de partida que los guía para ir en busca de una Belleza superior y eterna. Es posible, es casi seguro, que haya en esto algo de Platón; pero, en fin, no fué nunca la de Platón tan mala compañía.

Búrlense en buen hora, los que se llaman espíritus independientes y libres, de los que van en busca del Ideal. Yo no he de condenarlos por esto; que tengo gran respeto á toda manifestación del pensamiento, y, especialmente, á todo lo que sea expresión de sentimientos rectos y honrados; pero aquellos á quienes respeto, deben á su vez respetar en mí el sentimiento que me empuja á sostener y aplaudir á los jóvenes autores que escriben sus obras con un carácter eminentemente moral é ideal, y á los que en la forma ven únicamente la manifestación de la idea, ya que sin lo Bello, dígase lo que se quiera, la vida no tendría luz ni el arte encanto.

Decía, pues, Señores Académicos, que Eduardo Benot se distinguió en sus mocedades por sus aficiones exclusivamente literarias, á las que se consagró con ardor y con entusiasmo. De aquella su primera época data el drama alegórico en tres actos y en verso, titulado *Mi siglo y mi corazón*, que con gran aplauso y triunfo del autor se representó en el teatro de Cádiz el año de 1852, y que más tarde en 1863, fué refundido.

Desde entonces, y con actividad verdaderamente asombrosa, se dedicó á la vida del arte, de la literatura y de la ciencia, escribiendo numerosas obras, de que luego he de dar cuenta, y que le valieron el aplauso del público, la consideración de los hombres de talento, el elogio de los críticos, y en 1863 el título de Correspondiente de esta nuestra Real Academia Española.

En este período de su vida activa y laboriosa, Benot tomó parte muy directa en los trabajos de la prensa política, y así en España como en Portugal, estuvo al frente de varios periódicos, donde, justo y debido es decirlo, defendió siempre sus ideas con las formas más comedidas, menos agresivas y menos personales; lo cual, dicho sea en honor suyo, prosiguió haciendo siempre, aun en los tiempos más huracanados de la política española.

Sin abandonar sus trabajos puramente literarios, Benot comenzó á consagrarse en especial á los estudios filológicos, que comenzaron á ser más singularmente de su predilección, compartiendo estas aficiones con la de las ciencias naturales y el estudio de la Física y de la Química.

A la primera parte de estos trabajos pertenecen sus obras, que todos vosotros conocéis, Señores Académicos: *Errores en materia de educación*; *Examen crítico de la acentuación castellana*, que se acaba de reimprimir; su *Gramática general*; sus otras *Gramáticas* de las lenguas francesa, italiana, inglesa y alemana; sus *Cuadros sinópticos sobre psicología, crítica, metodología y dialéctica*; sus *Apuntes sobre los casos y las oraciones*, cuya edición décimonona acaba de aparecer, y sus *Temas varios sobre los problemas de las ciencias naturales*.

En la segunda clase de sus estudios hay que colocar sus trabajos sobre distintas ciencias, *Aritmética general*; *Resultante de los movimientos giratorios con aplicación á la astronomía*; *Errores en matemáticas*; su escogida y selecta *Colección de artículos científicos*, y otras muchas obras; siendo muy de notar, entre éstas, la titulada *Movilización de la fuerza de mar* (aprovechamiento de los motores irregulares, como las mareas y las olas, por el intermedio del aire comprimido).

Esta importantísima *Memoria* llamó la atención de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, que

la examinó y juzgó digna de imprimirse en la Colección de *Memorias* de la misma Academia, igual que si perteneciera al número de las premiadas en concurso ordinario; añadiendo á esta honrosísima distinción para el autor, la de nombrarle Académico correspondiente en 1879.

Los principios contenidos en esta obra (que forma el tomo IX de la Colección de *Memorias* de dicha Academia) sugirieron á Benot la idea de escribir otro libro sobre la limpia de los Caños del arsenal de la Carraca, cuya consecuencia fué que se emprendieran por el Ministerio de Marina considerables obras, en vías hoy de ejecución, para que siempre haya fondo en los Caños del Arsenal.

Pero, tratándose de las obras de Eduardo Benot, yo no puedo ni debo olvidar, Señores Académicos, sus estudios sobre Shakespeare, que preceden á una excelente traducción de las obras dramáticas de este célebre autor, hecha por el actual Cónsul de Inglaterra en esta Corte Sr. D. Guillermo Macpherson, cuyos conocimientos de nuestra lengua y de la métrica castellana son verdaderamente excepcionales. La profundidad del estudio de Benot, el perfecto conocimiento del poeta inglés, las discretas observaciones y juicios á que se entrega, la alteza de miras y la severidad de lenguaje que en este trabajo dominan, le convierten en un legítimo título de gloria para su autor.

Pertenece Benot al número de los que en estos últimos y agitados tiempos políticos han figurado en primera línea entre los partidos militantes. Diputado en Cortes primeramente y después Ministro de Fomento en una época ciertamente aborrecida, su paso por el Parlamento y por el Ministerio demostró la sinceridad con que defiende sus opiniones y la rectitud con que las practica. La ley sobre el trabajo de los niños en las fábricas fué obra suya siendo Ministro, y á su iniciativa se debió la actual organización del Instituto geográfico y estadístico, que, poniéndole á cubierto de los vaivenes de la política, hizo posible la

obra del general Ibáñez, recientemente y con la mayor justicia nombrado marqués de Mulhacem, por haber llevado á feliz término la unión geodésica de España con el continente africano.

Pero su significación política no tiene nada que ver en esta ocasión, como no sea para demostrar una vez más que aquí, en este sagrado recinto de paz, de fraternidad y de unión; aquí, donde toda investigación es verdad, sinceridad todo debate y toda observación estudio, se recibe, y acepta, y abre los brazos á todos, sea cual fuere su opinión política, mientras se consagren al estudio de las letras y al enaltecimiento de la patria.

En los estudios á que antes aludí, y á que Eduardo Benot se dedicó con todas las fuerzas vivas de su inteligencia, hubo de inspirarse principalmente para el discurso que acabáis de oír, Señores Académicos, y en el que con gran gallardía de ingenio y de lenguaje se ocupa del perfeccionamiento del habla castellana. Todo lo pensó, en todo se ha fijado, todo le ha parecido poco para inculcar la idea de la perfección, para desterrar de la enseñanza lo que considera inútil, para condenar las minuciosidades y detalles con que se fatiga y cansa la inteligencia de la juventud, y á que llama "enfermedad tanto más peligrosa, cuanto mayor es el número de los primores que el exceso de la división encuentra."

Por medio de ejemplos prácticos y oportunos nos demuestra lo censurable que es el análisis cuando llega hasta el abuso de la división, y expone de una manera clara, natural y sencilla que no hacen falta tantas complicaciones para llegar á la belleza y á la perfección de lo que él llama *el portento de hablar*.

He aquí, pues, otro idealista á quien combatir. Busca la Belleza eterna en el habla, y la busca por medios hacederos, fáciles y sencillos. Y para que se vea que la verdad es eterna y que el ideal que hoy persigue Benot ha sido

perseguido en todos tiempos por grandes inteligencias á estos estudios consagradas, bastará que os recuerde, Señores Académicos, las notables y afortunadas frases con que el Rey Sabio, aquel Alfonso tan digno de loor y recordanza, expresaba la necesidad absoluta que existía de hablar y escribir la lengua con propiedad, ya que, sobre todo para la interpretación de las leyes y la defensa de ellas, el error podía dar lugar á funestas é irremediables consecuencias. Por esto decía el Rey Sabio que *se deben explicar las cosas según son, é el verdadero entendimiento de ellas*, y que se debe hablar en *palabras llanas é paladinas, para que todo home las pueda entender é retenir; que deben ser sin escatima é sin punto, porque no puedan del derecho sacar razón tortizera por mal entendimiento, ni mostrar la mentira por verdad nin la verdad por mentira*.

Y aquí debiera dar por terminada mi tarea. Honrado con ser el introductor de Eduardo Benot, y su padrino, debiera limitarme á presentároslo y acompañarle; pero ya que comencé á discurrir con motivo de su discurso, y ya que la alteza de su tesis y la profundidad de concepto con que la desarrolla obligan á pensar y á fijarse, mi escrupulosa conciencia me empuja á decir algo acerca de la gran extensión que ha dado á su tema el nuevo Académico.

Mucho, sin duda, ha progresado la lingüística en estos últimos tiempos; pero, en honor de la verdad sea dicho, mucho más queda todavía por descubrir. La ciencia ha logrado determinar el modo de formación de los vocablos, pero ¿puede dar razón satisfactoria alguna acerca del origen de la significación de las radicales (1)? La ciencia nos

(1) Por ejemplo, entre muchos que pudieran presentarse: los eruditos en filología comparada nos demuestran por medio del sánscrito que nuestro vocablo *damos* se descompone en los elementos *da*, —*m*, —*s*, procedentes de los antiquísimos radicales *da*, que contiene la idea de *dar*, —*ma*, que expresa la idea de primera persona (*yo, me*), —y *sa*, que exterioriza el concepto del sér á quien se habla (subsistente todavía en las terminaciones de las segundas personas de los

explica lo *formal* de las voces en gran número de casos, pero permanece muda cuando trata de indicar el por qué de ciertas raíces (1).

Vemos, por otra parte, que aun las más extendidas clasificaciones lingüísticas no están á cubierto de reparos. La división de las grandes familias de idiomas en *lenguas monosilábicas*, *lenguas aglutinantes* y *lenguas de flexión*, es hoy objeto de serias objeciones por parte de hábiles lingüistas, quienes intentan demostrar que tienen mucho de imaginario las líneas divisorias que sirven de base á la clasificación.

Nada parecía mejor establecido y menos sujeto á discusión ciertamente que el problema del primitivo asiento de los Arias en la antigua Bactriana. Y sin embargo, recientemente se han aducido poderosas presunciones, ya que no pruebas, de que el origen de la raza de los Arias ha de buscarse, no en el Asia Central, sino en el Norte de Europa (2).

Comienza ahora á sospecharse que el lituano, lengua hablada á orillas del Báltico, representa una forma más primitiva del lenguaje perdido de los Arias, y de ello puede deducirse que si los proto-arias descienden del Norte de Europa, y si su tipo conviene con el escandinavo, un mundo de luz puede brillar sobre el origen de las raíces de las lenguas de flexión habladas por los descendientes de los Arias, comparándolas con los radicales de las lenguas aglutinantes que servían de vehículo del pensamiento á los antiguos escandinavos.

tiempos todos de nuestra conjugación, exceptuando el pretérito y el imperativo). Por manera que, en los orígenes de las lenguas arias, *da*,—*ma*,—*sa*, valía tanto como decir *dar*, *tu* y *yo*; de donde por una extensión muy natural, hubo de llegarse al actual concepto de *dar*—*nosotros*.

(1) Ejemplo: ¿Por qué las raíces *da*—*ma*—*sa*, significan *dar*—*yo*—*tu*?

(2) Escandinavia, Alemania del Norte..... *Memorias de Isaac Tailor en la Asociación Briúónica*.

Ahora bien; cuando en lingüística todo lo fundamental está rodeado todavía de tinieblas, ¿no hay algún motivo para pensar que sea acaso prematura la gran generalización que sobre la esencia del hablar nos presenta Eduardo Benot, no partiendo de las aún escondidas fuentes primitivas, sino de la observación de lo que ha visto en las lenguas actuales ó en las relativamente modernas, griego y latín? Porque si su tesis es cierta en absoluto, lo que ahora sucede ha debido suceder siempre y constantemente; y si bien no encuentro manera de probar lo contrario, parece que, por falta de datos, la inducción fundada en lo presente no puede ser admitida respecto de lo pasado más que como una conjetura, ciertamente de gran probabilidad.

Y ya que me he lanzado á emitir algunos conceptos por mi propia cuenta, obligándome el luminoso discurso de Eduardo Benot á dar tortura al pensamiento, me considero en el deber de decir algo sobre la explicación que del *hablar* nos da el nuevo Académico.

Acepto la analogía á que acude para hacernos comprender la idea. Es cierto que no hay música con sonidos solamente; y es indudable que las composiciones todas de los grandes maestros consisten en el orden de sucesión de los sonidos. Pero también es verdad que ese orden musical no puede realizarse con cualquier clase de sonidos, sino única y exclusivamente con los sonidos de la escala. Claro es que Benot al mencionar las notas de un piano da por supuesto que no se trata de sonidos cualesquiera, sino precisamente de los propios del instrumento en su afinación normal.

Pero prescindiendo ya de la analogía, y entrando en el terreno propio de la cuestión, encuentro (como quiere Benot, ciertamente) que nuestra habla actual se funda en el orden en que colocamos las entidades elocutivas; pero estas entidades no podrían tener existencia á no formarse con elementos propios y adecuados, con palabras escogidas, y no con términos cualesquiera tomados al azar.

De aquí la importancia del estudio de los vocablos, que Benot no niega, antes bien, lo da por supuesto, pero acerca del cual acaso debiera haber insistido algo más. Los vocablos son organismos vivientes dignos del mayor cuidado. Tienen su historia, y sólo es lícito usarlos en las acepciones con que el progreso de los tiempos los ha consagrado.

Planeta, por ejemplo, no era vocablo aplicable á nuestro globo cuando se creía que éste era plano y centro del universo. La astronomía moderna lo ha hecho entrar en el número de los astros que giran alrededor del sol.

Humanitas significaba en tiempos de Cicerón *cortesía*, y hoy se aplica este vocablo en un sentido sublime que no podían siquiera vislumbrar los hombres nutridos en la desigualdad de las clases sociales, que no concedían derechos á la mujer ni al niño, y que no podían prescindir de la esclavitud.

Libertas no tenía en tiempo de los romanos el sentido político que el vocablo *libertad* tiene para nosotros. ¿Qué sabían de esta gran idea política los romanos? El concepto de la *libertad política* es enteramente moderno. Ni una sola estatua de la *libertad* había en la ciudad eterna. Se dice generalmente que Julio César murió víctima del puñal asesino de Casio, de Bruto y de los demás senadores y conjurados, porque éstos querían salvar las *libertades* de Roma. Al asegurar lo último, no se está en lo cierto ni en lo exacto. César fué asesinado porque se quería que el mundo romano continuase gobernado, no por un hombre sólo, sino por una oligarquía de trescientos.

Y ahora sí que definitivamente doy ya por terminada mi tarea, Señores Académicos. No consideré nunca que esta fuese ocasión de un debate entre el Académico que se presenta y el encargado de contestarle, donde se hace gala de estudios y pugilato de inteligencia. No. La importancia de la tesis planteada por el Sr. Benot y la alteza con que la ha desenvuelto me obligaron á algunas obser-

vacaciones; que yo sé bien, por lo demás, que en estas solemnidades la gloria toda y el honor del acto son para el que llega. Al padrino pertenece sólo la modesta tarea del heraldo.

He dicho.

